



E L D U E N D E V E R D E

EL ÁRBOL GENEALÓGICO

Antonio A. Gómez Yebra

Ilustración: María Corredera



ANAYA

*Para la explotación en el aula de este libro,
existe un material con sugerencias didácticas y
actividades que está a disposición del profesorado
en nuestra web.*

© Del texto: Antonio A. Gómez Yebra, 2022
© De las ilustraciones: María Corredera, 2022
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2022
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com

1.ª edición, marzo 2022

Diseño: Taller Universo

ISBN: 978-84-698-9125-4

Depósito legal: M-33767-2021

Impreso en España - Printed in Spain



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



EL DUENDE VERDE

Antonio A. Gómez Yebra

EL ÁRBOL GENEALÓGICO

Ilustración: María Corredera

Q U E R I D O L E C T O R

Mis queridos amigos:

Lo más satisfactorio para un escritor es que lean sus obras y, en este caso, *El árbol genealógico*.

Se trata de un libro donde recojo material de mi propia vida, pues entre mis antepasados los hay de varias zonas del país, y yo he vivido en la mayor parte de ellas. O las he visitado. Hablo, pues, de lo que conozco.

No he incorporado Salamanca, donde viví durante cuatro años de mi adolescencia. Ni Málaga, donde resido desde hace bastantes años. Pero la localidad donde viven los personajes es suficiente. Y fácil de descubrir.

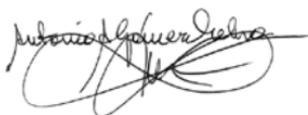
Respecto a las aventuras de Braulio con las gaviotas,

es algo que puede ocurrir: antes se alimentaban exclusivamente de peces, porque había muchos.

Últimamente van a los basureros municipales para aprovecharse de los restos que los seres humanos desechamos. O a los patios de los colegios, buscando algún bocadillo tirado (o caído) al suelo.

No me extrañaría verlas luchando por su comida con cualquiera de vosotros. Por tanto, tened siempre los ojos bien abiertos si vais por lugares costeros. Ellas también tienen derecho a alimentarse, como cualquiera.

Nosotros, por supuesto, también nos alimentamos leyendo. Por eso: ¡GRACIAS!



*A Victoria Pozo Gómez,
tan chiquita todavía.*

1

A ESTAS ALTURAS de curso, a mi profe se le ocurrió el martes que hagamos un árbol genealógico. ¡Si ya lo hicimos en infantil! Y, no es por nada, pero me quedó chulísimo. Yo creo que era el mejor de toda la clase y de todas las clases del mundo. Si lo llego a saber, lo habría guardado bien guardado y se lo daría tal cual a doña «Mírame a mí».

Pero eso fue hace cinco años, y en cinco años pasan muchas cosas: nos cambiamos de ciudad, nos cambiamos de casa, tuve que cambiar de colegio, tuve que cambiar de amigos. Nos cambiamos de todo. Y aquel árbol genealógico se quedó por el camino, o en la basura, no me acuerdo. Antes del traslado tuvimos que tirar muchas cosas, vender algunas, regalar otras...

Mi padre estaba cansado del frío y del calor de Madrid, aburrido de ir a trabajar en metro,

tantas horas bajo tierra, como un topo. Y los demás, también. Especialmente mi madre, que siempre decía: «Necesito el sol y el mar para pintar. Necesito luz, necesito color..., necesito aire..., aire puro y limpio, aire con sabor a sal, aire que me inspire..., aire que respire sin peligro».

Desde hace tres años vivimos en un sitio..., bueno, pues eso..., un pueblo, una ciudad, no sé... Está al sur, tiene playa, y por eso nos visitan y nos rodean miles de turistas. Empieza por efe y tiene todas las vocales. En la biblioteca del cole encontré en un libro una adivinanza donde aparece en la última palabra, pero aquí voy a poner solo la primera letra:

*Las cinco chicas de Aurelio,
cuando se sienten muy solas,
trepan por un eucalipto
situado en F_____.*

AURELIO tiene las cinco vocales, EUCALIPTO tiene las cinco vocales, SITUADO EN tiene las cinco vocales... y F_____ tiene las cinco vocales. También las tienen MURCIÉLAGO, y VESTUARIO, y ESCUÁLIDO, y muchas otras palabras, pero eso es lo de menos.



Por aquí no hay muchos eucaliptos, la verdad, pero no importa. Ni las chicas de la adivinanza son niñas de verdad, más bien parecen koalas. Ni conozco a ningún Aurelio. No creo que viva ni uno solo aquí (a lo mejor es el autor de la adivinanza). En F_____ la mayor parte de la gente es extranjera. De todos los colores de pelo: rubios, morenos, pelirrojos, blancos, grises... Y de todas las razas y tonos de piel. Cuando vas andando por la calle, puedes oír hablar en cientos de idiomas: inglés, alemán, sueco, francés, italiano, chino, ruso, árabe, y otros que ni siquiera sé cómo se pueden llamar y, desde luego, no puedo escribir ni pronunciar.

En mi colegio, desde hace algún tiempo (no sé desde cuándo, porque ya estaba cuando yo llegué), hay un mapamundi enorme pintado en la pared de la entrada. Están resaltados todos los países de los que han venido niños para vivir y para estudiar aquí.

Así que somos muy internacionales. Y nos gusta.

También le gusta a «Mírame a mí», nuestra profe.

Es muy guay. Y muy moderna. Usa gafas de pasta roja, lleva el pelo muy cortito, pintado de rojo, tres *piercings* en una oreja, y cuatro en la otra, un tatuaje de un lobo en el brazo izquierdo y uno de un panda en el derecho. Cosa chocante...

Se llama Virna, porque su abuelo era fan de una actriz italiana, y estaba empeñado en que alguien de su familia se llamara así. Tan pesado se puso que se lo pusieron a ella. Por lo menos es original.

Pero nosotros la llamamos «Mírame a mí». Por dos razones: siempre se está poniendo de ejemplo («Mírame a mí») y, cuando pretende que le prestemos atención dice: «Mírame a mí».

—Mírame a mí, Braulio —me dijo el otro día—. ¿Sabes quién descubrió la pólvora?

—Don Polvorón —se adelantó Roque, tan gracioso como siempre.

—Tú cállate y responde cuando te toque..., no te pases...

—Pero si yo solo he intentado...

—Cuando te toque, Roque, cuando te toque. No seas alcornoque...

Y toda la clase se rio. Incluso Marieta, que suele estar callada.

—Mírame a mí, Braulio, y responde. ¿Lo sabes?

—Pues no... ¿Los chinos?

—Acertaste, como el burro flautista.

—Hi-hooo, hi-hooo —rebusnó Roque...

—Sin recreo, Roque... Ya está bien —dijo «Mírame a mí».

En ese momento sonó la sirena. Y nos pusimos en movimiento. Todo el mundo abrió su mochila y sacó su bocadillo, su fruta, su botellín de agua...

Roque se levantó con sus cosas en la mano, dispuesto a salir al recreo.

—Tú no vas al patio hoy, Roque —lo interrumpió «Mírame a mí» poniéndosele por delante para impedirle avanzar.

—¿Pero por qué, seño? —se quejó, y miraba a la profe con ojos tristes.

—Lo sabes muy bien. Por rebuznar a destiempo. Aunque lo cierto es que te sale muy bien: clavado, clavado... Un perfecto burro.

—¿Puedo ir al servicio?

—Desde luego. Cuando salgan tus compañeros y no quede nadie rondando por los pasillos, te dejaré ir. Pero te daré solamente tres minutos. Y te sobrarán dos.

—Seño, no hay derecho...

—Pero hay izquierdo, y hoy te has levantado con el pie izquierdo...

—Si solo he rebuznado un poquito... Solo he hecho «¡Hi-hooo, hi-hooo!» una vez.

Todos los que quedábamos aún en clase nos reímos. Hasta la seño se rio.

—Cada uno tiene que cargar con las consecuencias de sus actos. Ya lo sabéis. Tenéis que ser

responsables. Si te haces el gracioso cada dos por tres...

—Seis —completó Roque.

—Tú sigue así... —lo miró «Mírame a mí»— y te mandaré al despacho de la directora.

—Allí hay aire acondicionado, seño... ¿Puedo ir ya?

—No. Todavía te faltan unas cuantas gansadas más para adquirir el derecho a disfrutar del aire acondicionado del despacho de la directora.

—¡Uf, profe! ¡Déjeme salir al patio! No lo haré más... Lo prometo.

Solo quedábamos la seño, Roque, y yo. Los otros habían desaparecido por la puerta en dirección al patio, donde los niños íbamos a jugar un partido contra los de quinto B.

—¿Qué es lo que prometes?

—No rebuznaré más en clase. Nunca jamás.

—Repítelo delante de Braulio, para que yo tenga un testigo —lo invitó la seño.

—Nunca, jamás de los jamases rebuznaré en clase. Lo prometo. ¿Puedo irme?

—Está bien. Salid pitando los dos y procurad no tropezaros por los pasillos, para que no tengáis ningún accidente.

Roque salió de clase antes que yo. No pude alcanzarlo.

Y ya tenían formados los equipos. Como somos de los mayores del cole (solo son más grandes los de sexto, pero esos no juegan al fútbol, esos prefieren el baloncesto), mis compañeros habían cogido el campo y estaban listos para empezar.

Siete por cada equipo. El siete es mi número favorito, porque nació el 7 de julio, que es el mes número siete, y lo llevo siempre en mi camiseta. Pero ya me di cuenta de que no habían contado conmigo. Sé por qué: soy el más bajito de la clase, y uno de los más delgados. Con cualquier empujón me voy al suelo... Pero, bueno, ya estoy acostumbrado.

Shashenka, que es un niño ruso de mi clase, me llama Pashenka, que suena casi igual, pero, según él, su nombre significa «defensor de la humanidad», y Pashenka significa «pequeño».

Pero, según mi padre, Braulio significa «espada», o «incendio», de modo que también puedo ser un defensor de la humanidad y convertirme en un dragón. Un dragón con espada, no está mal, ¿a que no? ¡Cualquiera se metería conmigo!

El caso es que ya estaban jugando; y yo, mirando. Marieta, Fátima, Charlize, Mia, Birgitta y Amelie formaban su grupito de niñas buenas, como las que no quieren la cosa, hablando por lo bajo... a lo suyo, pero pendientes del partido. Un poco más allá, Edda, Pili, Nuria y no recuerdo

quién más cuchicheaban también, pero sin atender al partido de fútbol.

Al otro lado del patio, debajo de los árboles, Yvonne charlaba con su hermana Nicole, que está en segundo. Me sé casi todos los nombres de los niños y niñas del cole. No somos tantos y, al ser tan distintos, es fácil.

Según mi padre, yo tenía que haberme llamado Fermín, porque nací el día de san Fermín, que es un santo muy famoso, sobre todo en Pamplona, pero mi madre no quería ese nombre porque según ella tenía que ver con los toros, y mi hermana tampoco, porque le sonaba a «enfermín», y no quería que yo estuviera siempre enfermo. Pero eso no me lo creo, porque entonces solo tenía seis años. Lo dice ahora.

Así que cada uno escribió dos nombres en dos papeles diferentes, los doblaron, los metieron en una bolsa y los agitaron. Salió Braulio, que era uno de los dos que había puesto mi hermana (el otro era Bruno). Clara se salió con la suya. Y yo me quedé para siempre como Braulio, aunque la profe dice que, si tu nombre no te gusta, ahora te lo puedes cambiar.

Yo me lo cambiaría si me llamara Marcos de Puertas, o algo así. Pero Braulio está bien: solo le falta la e para tener las cinco vocales. Mola.

Allí estaba yo, más solo que la una, porque Roque se había esfumado, cuando por detrás de mí apareció Quintín.

Quintín es mi mejor amigo. Además vive en mi mismo bloque. Nosotros, en el octavo A y B, y su familia, en el décimo C. Lo conocí el mismo día en que llegamos de Madrid. Tuve suerte. Él está en quinto B. Yo, en quinto A.



—¿Por qué no juegas? —me preguntó agachándose para decírmelo al oído. Porque es bastante más alto que yo. Parece de sexto o de la ESO.

—He llegado tarde. Ya estaban preparados para jugar cuando yo vine.

—Pero te gustaría jugar...

—Otro día...

—Venga ya..., estás loco por jugar.

—Hombre, loco, loco, no...

Fue entonces cuando a Lars, que es un niño sueco, le dieron una patada en la espinilla y cayó al suelo gritando como si le hubieran roto la pierna izquierda, que se cogía con las dos manos.

«Mírame a mí» y don Materno aparecieron como salidos del centro de la Tierra y fueron adonde estaba Lars.

—No es nada, Lars, no es nada. Solo el golpe —decía don Materno, el profe de Educación Física, que lo llevaba en brazos como si pesara como una pluma o menos, porque está cuadrado.

—Venga, ofrécete tú. —Me empujó Quintín y casi me tira al suelo.

—Juego yo por él. —Me animé y entré sin que nadie dijera que no.

Perdimos. Los de quinto B son muy buenos. Pero yo jugué un buen rato.

Llegamos a la clase sudando como pollos y discutiendo varias jugadas en las que podíamos haber marcado algún gol. Como casi siempre. Tampoco fue para tanto: tres a uno.

Roque y Lars estaban en clase, cada uno en su sitio.

Lo de Lars era normal. Lo de Roque no terminaba de entenderlo. ¿Lo habría castigado la señora otra vez?

—Bueno, bueno, bueno... Vamos a hacer un repasito de Sociales. Aunque también habría que hacerlo de «Suciales», porque algunos venís «algo» sucios. Parece que habéis disfrutado bastante, ¿no es cierto?

«Mírame a mí» se puso en pie y nos fue dando pañuelitos de papel a todos los que sudábamos. ¿A que es súper superguay?



EL DUENDE VERDE

La profesora de quinto A ha pedido a los alumnos que preparen el árbol genealógico de sus familias. Un ejercicio sencillo que a Braulio se le complica cuando su hermana estropea sin querer su cartulina y tiene que ir a comprar una nueva. En el camino se encontrará un periquito perdido, del que decide hacerse cargo, sin saber que una temible gaviota está a la caza del pajarillo.

Edad recomendada
para este libro:

A partir de 10 años

ISBN 978-84-698-9125-4



9 788469 891254

www.anayainfantiljuvenil.com

1571232

ANAYA